

Todos los hombres somos instrumentos de Dios

Santos Inocentes, Antiguo Cuscatlán
28 de diciembre de 1977

1 Juan 1, 5-2, 2
Mateo 2, 13-18

Nuestra diócesis de San Salvador guarda una de esas costumbres típicas, que siendo expresión de piedad popular, nos une con el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo que se predica en todo el mundo. Se trata aquí de esta devoción que todos los años atrae gente de todas partes: la devoción de los Santos Inocentes.

Aquí al lado de la iglesia podemos ver las imágenes de niños traídos en peregrinaciones de diversos lugares. Son la fe, la devoción de nuestro pueblo expresada en esa inocencia de los niños que se identifican con el Niño Jesús en estos días de Navidad y, al mismo tiempo, hacen como en una forma plástica esa escena del Evangelio que hemos leído: la presencia de aquellos niños en torno de Belén, de dos años abajo, como los buscaba el cruel Herodes. Nos recuerdan esas imágenes aquella dolorosa situación que se creó en Belén cuando Herodes, hombre sanguinario que deseaba quitar todo estorbo, todo peligro a su afán de reinar, mandó a asesinarlos. Lo mismo aquí, junto al altar, una imagen curiosa de mujer puede representar a aquellas madres afligidas, ¡cómo gritarían las pobres para arrancar de las manos de aquellos verdugos la carne inocente de sus niños que implacablemente los mataron! Aquí la devoción popular llama a esta mujer, expresión de aquellas madres, Santa Juana.

Como ven, pues, es un conjunto folclórico que hay que conservar como esos valores típicos de nuestro modo de ser sal-

vadoreño. Yo quiero agradecer a los padres somascos que cuidan la devoción en esta parroquia. Y quiero felicitar a ellos y a ustedes, queridos hermanos, que están aquí presentes ante este cuadro también típico de los Santos Inocentes que preside la ceremonia en esta iglesia de Antiguo Cuscatlán, fieles de la parroquia o peregrinos venidos de diversas partes estamos aquí. Pero yo quisiera, hermanos, como orientador espiritual de todas estas costumbres que tienen relación con la Iglesia y con el Evangelio, decirles esta palabra que nos convierta en verdaderos creyentes del Evangelio, verdaderos hijos de la Iglesia católica; no vaya a ser que nos quedemos solamente en la superficialidad de una costumbre popular y las devociones populares.

La religiosidad popular es una ocasión magnífica para profundizar en el Evangelio, pero es también un gran peligro de que convirtamos la religión solamente en una costumbre popular, en algo folclórico, en algo artístico, en tradiciones meramente humanas sin raíces evangélicas. Por eso, quiero aprovechar yo este momento folclórico, popular, pintoresco, de la devoción a los Santos Inocentes en Antiguo Cuscatlán para que profundicemos en esta profundidad del Evangelio. Yo me permito invitarles a ustedes a reflexionar en estos tres pensamientos. El primer pensamiento es este: todos los hombres somos instrumentos de Dios; el segundo pensamiento es este: cómo la verdadera inocencia que salva es la que da Jesucristo; y en tercer lugar: cómo hasta los errores y crímenes de los hombres nos llevan al triunfo de Jesucristo y al desarrollo de los designios de Dios.

Todos los hombres somos instrumentos de Dios

En primer lugar, hemos visto pasar en el Evangelio de hoy varios personajes en los cuales podemos ver a nosotros mismos, a nuestra historia, a nuestro momento. Así hemos de leer el Evangelio, no como una novela que pasó hace veinte siglos, sino como una encarnación de Dios que se hizo hombre en un momento histórico, para que de ese momento aprendamos también a vivir el Evangelio en los momentos que nos toca vivir a nosotros. Es necesario, pues, deponer un poquito la fantasía, como quien está leyendo una novela; cuando leen el Evangelio, prescindir un poco de aquel ambiente de hace veinte siglos, o mejor dicho, trasladarlo a nuestro ambiente: El Salvador, 1977, y así es

como hemos de leer el Evangelio. En los momentos de problemas de la familia, de la patria, de la propia vida, leamos siempre el Evangelio, pero trayendo aquel momento para que me ilumine este momento de aflicción, ese momento de esperanza, esto que vivimos cada uno en su familia, en su propia vida, o en su propia patria.

¿Cuáles son los personajes que aparecen aquí en esta escena del Evangelio? En el centro, los inocentes, los niños de dos años abajo; junto a ellos, sus madres, defendiéndolos con la bravura con que una mujer defiende a su hijo cuando lo ve en peligro de muerte; capaz de dar su vida, mejor que la maten a ella pero que no muera su niño. Otro personaje: Herodes, el sanguinario. Nos cuenta Flavio Josefo, un historiador de los tiempos de los evangelistas, de los tiempos en que se escribió el Evangelio —también tenemos siglos de historia profana y una de esas historias es la de Flavio Josefo—, nos cuenta que Herodes tenía un afán enfermizo de poder y tenía como sospecha de todo mundo, cuenta que mató hasta a algunos familiares suyos porque sospechaba que le querían quitar el poder; todo lo que era sombra contra su poder le daba miedo, y así mandaba a eliminar. El Evangelio recoge ese episodio precisamente, el que temiendo a un rey de los judíos que anunciaban los Magos que venían de oriente, se llenó de terror y manda a matar a todos los niños de dos años abajo para eliminar al que es el peligro.

Aparece también un personaje simpático, San José. En sueños oye que el cielo le avisa: levántate, toma al niño y a su mamá y llévalo a Egipto, porque Herodes lo está buscando para matarlo. Y José es instrumento de Dios para salvar al Redentor y va a Egipto; y el Evangelio hace un bonito comentario: y estuvo en Egipto hasta que murió Herodes, entonces volvió para que se cumpliera la Escritura: “De Egipto he llamado a mi hijo”. Es una profecía que no se refiere propiamente a Jesús, se refiere al pueblo de Israel, esclavo en Egipto, a quien Dios libró trayéndolo a la tierra prometida. Pero miren en el Evangelio la bella perspectiva: Cristo que regresa de Egipto, defendido por Dios, es como la encarnación de todo el pueblo de Israel que también fue defendido por Dios de la esclavitud, de la opresión; y esta es la traslación hermosa que hemos de hacer nosotros. Cristo perseguido pero protegido por Dios, valiéndose de los hombres, sus instrumentos, como José, es otra vez regresado, incólume, a su patria.

Mt 2, 13

Mt 2, 15

Encontramos allí, también, personajes crueles como los emisarios, los enviados, los soldados de Herodes cumpliendo órdenes inmorales. Cuando un rey manda matar niños, matar gente, los soldados no tienen que obedecer. Es una orden cruel, inmoral, sanguinaria; sin embargo, las espadas serviles matan a los inocentes.

En fin, hermanos, un conjunto de personajes en los cuales nosotros tenemos que ver la historia nuestra, los personajes malos, para no ser como ellos. Es el pecado que la Iglesia repudia. La Iglesia es el reino de Dios que trata de copiar en los corazones lo bueno que aparece en el Evangelio, para eliminar de la sociedad, de la familia, del hombre, todo lo malo que el Evangelio también repudia. Por eso, la Iglesia, al pensar en los personajes del Evangelio en esta historia de los Santos Inocentes, tiene que anunciar el reino de Dios para decirles a todos ustedes: queridos peregrinos de los Santos Inocentes en Antiguo Cuscatlán, seamos como José, seamos como María, seamos como los hombres providenciales que Dios ocupa para sus planes de redención. De los que estamos aquí, todos cristianos, todos hemos recibido la vocación de ser buenos: buenos padres de familia, buenas madres de familia, buenos colaboradores en la implantación del reino de Dios. Todos los cristianos que están aquí presentes tienen que comprometerse, en esta mañana, a ser colaboradores con Dios. Dios necesita hombres, Dios necesita instrumentos que sean como José, que sean como los ángeles, que colaboren con Dios en desarrollar sus designios de amor, de salvación, de esperanza en la tierra. Dichosos los cristianos que saben santificar su vida con el Evangelio y se hacen como José instrumentos de la salvación de Dios.

Pero también hermanos, desde esta página del Evangelio, la Iglesia tiene que recoger la triste herencia del pecado para decirle a los hombres de hoy: no sean sanguinarios como Herodes; no sean serviles como los soldados, que a las órdenes de Herodes van a matar inocentes; no sean crueles, no torturen, no maltraten, no hagan madres que, como Santa Juana, lloren la desaparición de sus hijos que no saben dónde están; no sean crueles. El pecado no lo quiere Dios. Es necesario convertirse, es necesario dar a la patria y a nuestro ambiente más tranquilidad, más esperanza, más seguridad. Los que hacen la violencia, los que asesinan, los que hacen chorrear sangre no son queridos

por Dios mientras no dejen de hacer esas cosas. De allí, hermanos, que desde los Santos Inocentes grita la justicia contra las injusticias, la inocencia contra el pecado, grita la bondad contra la maldad.

En este Día de los Inocentes, tenemos que oír un clamor también, hermanos, desde tantos inocentes que pudieron, debieron haber nacido y no los dejaron nacer sus propias madres. El pecado del aborto, el pecado de los anticonceptivos, el pecado de Herodes se repite hoy también en esos campos donde se prostituye la facultad que Dios ha dado al hombre y a la mujer para engendrar hijos; no para el placer, no para abusar de la carne, no como Herodes solamente por egoísmo: que es rey y los demás no importan nada, aunque sean los propios hijos. El pecado del aborto es el pecado de Herodes. Hermanos, hoy venimos a rasgar las vestiduras en el Día de los Inocentes y gritamos: ¡qué cruel Herodes!, ¡qué crueles sus soldados!, pero sabemos que hoy mueren mucho más que aquel pequeño grupo de niños de Belén. Es horroroso saber que ya esos hospitales, en las clínicas, y en formas clandestinas, se cuentan por millares, millares y millares de inocentes abortados de las entrañas de sus propias madres. ¡Qué ejemplo da aquí Santa Juana defendiendo el producto de sus entrañas, contra aquellas madres que ellas mismas los mandan a matar!

Es el crimen, hermanos, en cualquiera de sus formas: en su forma institucionalizada mata el ejército, mata el que secuestra, mata también la madre que manda a abortarse. Todos estos son crímenes que claman al cielo. En el Día de los Inocentes, la voz de la Iglesia hace suya la voz de los que ya no pueden hablar, de los que fueron asesinados en formas tan crueles, tan viles, tan inmorales, para gritar ante Dios: Señor, perdónalos, porque son estas, sin duda, las culpas por las cuales vienen tantos castigos a nuestra tierra; perdónalos y haz que los pecadores se arrepientan también, para que vuelva la espada a su vaina y para que no haya más sangre y más violencia entre nosotros.

Cómo la verdadera inocencia que salva es la que da Jesucristo

Fijémonos ahora, hermanos, en la figura central, los inocentes, para decir una cosa: solo la inocencia que Cristo da es la que salva. Pueden preguntarse muchos: ¿qué mérito tenían esos ni-

ños si ni podían hablar, ni tenían conocimiento para que ahora los veneremos como santos en los altares?, ¿qué mérito tenían esos niños para que ahora estén gozando en el cielo junto con los santos que hicieron tan grandes obras y sufrieron martirios en forma más consciente?, ¿qué mérito? Hermanos, esta es la palabra que nos dice como un mensaje el Día de los Inocentes: niños de dos años abajo ya merecen en el cielo la alegría y el gozo de Dios, que esperamos nosotros, adultos, ya viejos, porque lo vamos a ganar a base de nuestras buenas obras. No, no son nuestras buenas obras solamente. Nuestros méritos personales, el esfuerzo de ser buenos, el arrepentimiento de nuestros pecados es algo humano, no tendría el valor de ser una mano que abre el cielo, imposible.

Rm 5, 1-2

Por eso dice San Pablo en su carta a los romanos que nos salvamos no por nuestras buenas obras, sino por nuestra fe en Cristo. Las dos cosas: buenas obras como condición de mérito humano para que Cristo nos dé sus méritos divinos. Lo que salva al mundo son los méritos de Cristo, el Redentor. Estamos todavía en el mes de la Inmaculada Concepción de María. María fue inmaculada, no cayó en el pecado original no por sus méritos, no tenía méritos María antes de nacer, pero dice la teología: por atención a los méritos de Cristo, Cristo la hizo inmaculada; antes de nacer la previno de no caer en el pecado original, así, también, los niños que se salvan.

Los niños deben ser bautizados porque no es el mérito personal del bautizado el que lo hace cristiano, sino que es la redención de Cristo, que se le puede aplicar a un niño aun sin tener uso de razón. Los méritos de Cristo, aplicados a los inocentes de dos años abajo, son los que han hecho posible que este martirio de inocentes se convierta en almas en la gloria. Y no nos imaginemos que allá en el cielo estos niños están a la edad de dos años. El alma, desarrollada allá en el cielo, es igual la de un niño que acaba de nacer con la de un sabio que adquirió mucha sabiduría en la tierra, porque no es la sabiduría de la tierra la que los va a hacer felices en el cielo, sino la visión de Dios que adquirimos por los méritos de nuestro Señor Jesucristo.

En este sentido, hermanos, el mensaje de los inocentes es un reproche al orgullo de los mayores. Nos creemos demasiado, creemos que todo mundo nos debe agradecer, creemos que nos vamos a salvar por nuestros mismos méritos. No, hagamos

buenas obras porque, si no hacemos buenas obras, no nos vamos a salvar, nos vamos a condenar; como dice el Evangelio: “Tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber”. Todo el mal que habéis hecho, todas las obras buenas que no habéis hecho son la causa de esta maldición: “Id, malditos, al fuego eterno”. Ciento, se necesitarán las buenas obras para salvarse, pero no serán las buenas obras solas, sino añadidas a los méritos infinitos de nuestro Señor Jesucristo.

Mt 25, 42

Mt 25, 41

Estaba muriendo una artista cuando llamó al confesor, al sacerdote; y llorando, aquella mujer que había ganado mucho dinero, muchos aplausos, mucha fama, le decía: “Padre, qué vacía me siento”. Y se ponía a llorar. “Me duele tener que presentarme ahora con mis manos vacías ante Dios”. Miren, hermanos, de nada sirve la fama de la tierra, el poder, el dinero, la gloria del mundo. ¡Qué va! Se queda con la muerte. Todos los méritos que podamos tener como hombres no valen para el cielo. Las manos están vacías si no lo hemos hecho por amor a Dios. Pero, entonces, aquel confesor, aquel sacerdote tuvo una feliz idea para consolar a aquella mujer moribunda, se quitó su crucifijo y lo puso en sus manos y le dice: “No diga que tiene sus manos vacías; ya tiene a Cristo en sus manos. Preséntese con Él al tribunal de Dios, que no nos salvamos por nuestros méritos, por nuestro dinero, por nuestros aplausos, por nuestra fama; nos salvamos por Cristo que dio su sangre por nosotros. Confíe en Él, que Él llenará el vacío que ahora siente su espíritu. Deje todas las cosas de la tierra que no valen nada y entréguese a Cristo. Llore su vacío confiando en Él y Él lo llenará”.

Hermanos, qué hermoso es pensar, en este Día de los Inocentes, que lo que le da ese título a esos niños inconscientes no son sus méritos humanos, sino los méritos de Cristo que ya comienza a ser redentor desde que es niño en la cuna de Belén.

Cómo hasta los errores y crímenes de los hombres nos llevan al triunfo de Jesucristo y al desarrollo de los designios de Dios

Por eso, hermanos, mi tercero y último pensamiento es este: todo lo que sucede en la historia concurre a la gloria de Cristo, nuestro Señor. Y esto nos da un gran consuelo y una gran esperanza por más estorbo que los hombres, como Herodes y los soldados, le quieran poner al reinado de Cristo eliminándolo en

su infancia. Todo eso se madurará para el bien, porque ese Cristo huyendo hacia Egipto va a retornar a cumplir las promesas del Padre. Nadie lo puede detener. El proyecto de Dios tiene que realizarse a pesar de los estorbos de los hombres, o mejor dicho, valiéndose de los mismos crímenes de los hombres, que Dios ocupa también como instrumentos para hacer sentir en el mundo: ¡qué vacío es el mundo cuando no reina Dios! Cristo triunfará, Cristo triunfando sobre las intenciones malvadas de los que lo quisieron matar, su reino triunfará, sus proyectos son la victoria porque confían en la fe. Esta es la victoria que ha venido: la fe, la esperanza cristiana.

Y entonces, hermanos, desde esta peregrinación a los Santos Inocentes en la iglesia de Antiguo Cuscatlán, conservando esta alegre tradición de nuestro pueblo, se convierta ya en una oración por nuestras intenciones personales, por nuestras preocupaciones de familia. Pero de manera especial, hermanos, yo les quiero pedir una oración muy especial por la querida patria salvadoreña y por nuestra Iglesia, la que nos ha dado esta fe, esta esperanza, este amor; para que en estas circunstancias de nuestra historia nacional, en vez de ser víctimas del pesimismo como si todo estuviera perdido, miremos el triunfo de Cristo sobre las ambiciones y las maldades de los hombres. Y así como Cristo niño, en los brazos de la Virgen y de José, supera las instigaciones del mal, también la Iglesia, que es la prolongación de Cristo en la historia, protegida por Dios, sepa cumplir siempre su deber de ser el instrumento bueno de salvación y sepa también ser instrumento valiente para arrancar del mundo los pecados que estorban al reino de Dios.

Celebremos así nuestra eucaristía. El Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, el Cristo que nació en Belén y que salvado por Dios va llevando adelante sus proyectos de amor y de salvación, sea también la inspiración de esta comunidad reunida en oración en esta preciosa devoción de los Santos Inocentes. Y desde aquí elevemos, pues, esta plegaria que vale, como hemos dicho, no por nuestros méritos, no por nuestras limosnas o candelas, no por nuestras devociones populares, sino porque Cristo es Dios hecho hombre y está aquí presente dándole sentido a esa limosna, a esas candelas, a esta oración. La romería de los Santos Inocentes tiene un valor divino porque nosotros tenemos fe que no es nuestra plegaria sola, sino que

Cristo, presente ya en la misa de esta mañana y en la fe de cada corazón, es el que eleva hasta Dios y le da un sentido eficaz a la plegaria y a la peregrinación que juntos hemos venido a realizar en esta mañana.

Proclamemos ahora nuestro credo. Ya nosotros podemos hablar, no como los inocentes todavía sin poder menear la boca para decir palabras; con la palabra, con el corazón y con la vida, digamos nuestra fe en Dios.